

numerosos novicios, algo que podemos seguir a través de los completos cuadros que adjunta Revuelta.

La Compañía tampoco vivía al margen de la realidad universal, y, por ello, hubo de sufrir como el resto de las órdenes religiosas y como el clero diocesano la enorme crisis desencadenada a raíz de la celebración del Concilio Vaticano II, el gran acontecimiento de la Iglesia católica en la Edad Contemporánea y que provocaría un auténtico terremoto en sus estructuras. Esta etapa coincidió con el generalato de un español dotado de una privilegiada inteligencia pero a quien se le he acusado de no tener suficiente mando para dominar la nave jesuítica durante la dura travesía del Posconcilio: Pedro Arrupe, que estubo al frente de la Compañía entre 1965 y 1981, una etapa calificada por el autor de «renovación» y que realmente se prolongaría hasta nuestros días. Parece evidente a la luz de lo que leemos la notable admiración que Manuel Revuelta siente por este religioso vizcaíno (a quien él tuvo el privilegio de conocer), a pesar de lo cual el autor mantiene un tono lo suficientemente objetivo para ver las luces y sombras de aquella época tan convulsa: crisis de vocaciones, crisis disciplinar, intentos de división de la Compañía, admoniciones de Pablo VI, etc., con la Congregación General XXXII como acontecimiento estelar. Juan Pablo II decidió que había que poner orden dentro de la Compañía y, por ello, coincidiendo con la durísima enfermedad de Arrupe (enfermedad cuya aceptación por parte de este Preósito General produce admiración en el autor), le impuso un nuevo superior, Paolo Dezza (1981-1983), hasta que la Compañía recuperó el dominio de su propia nave en la persona del holandés Peter-Hans Kolvenbach, cuyo mandato se ha prolongado hasta nuestros días. Da la impresión, en ese sentido, de que a Manuel Revuelta dicha intervención le parece excesivamente rigurosa, pero, en cualquier caso, se muestra sumamente respetuoso con esa decisión pontificia, lo que viene a realzar la objetividad del autor. Cierra el libro un capítulo donde lo que se pone de manifiesto es que la Compañía de Jesús sigue manteniendo un papel muy destacado dentro de la Iglesia católica y, también por qué no decirlo, en la sociedad y vida intelectual española.

En definitiva, nos encontramos ante una obra de extraordinaria calidad, sumamente compensada y capaz de resumir en poco más de quinientas páginas las luces y sombras de un orden, la fundada por San Ignacio de Loyola a mediados del siglo XVI, sin la cual resulta imposible entender las claves de la Iglesia durante la Edad Moderna y Contemporánea.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JIMENO CORONADO, JOSÉ - JIMÉNEZ GÓMEZ, FRANCISCO M., *El cayado roto. Narciso de Esténaga, Obispo de Ciudad Real. Testimonio de un pastor en tiempos de violencia* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004), 309p., ISBN: 84-7914-738-5

La Guerra Civil fue un drama que sacudió a España y que se cobró un importante número de víctimas en ambos bandos. La Iglesia no solo no fue una excepción, sino que puede presentar unas cifras de enorme impacto: casi siete mil personas de condición religiosa, entre ellas doce obispos y un administrador apostólico. A ellos podría

sumarse un buen número de seculares que fueron ejecutados por el simple hecho de su militancia católica o por su habitual práctica religiosa. Todo este fenómeno fue lo que llevó al ya Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz, Antonio Montero Moreno, a realizar una tesis doctoral que publicó en 1961 bajo el título de *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, última edición en 2004) que ha sido de gran utilidad para los historiadores interesados en reconstruir el fenómeno de la persecución anticlerical durante la contienda civil española. Aunque es cierto que su lenguaje, marcado por el *nacionalcatolicismo* que imperaba en la época, debía ser objeto de revisión, resulta evidente que tras él hay una intensa labor investigadora que todavía hoy debe ser reconocida.

Sin embargo, es ahora el momento de comenzar a estudiar de manera más monográfica o, si se quiere, de modo más personalizado. Es precisamente esto lo que viene a hacer la obra que aquí se nos presenta y que trata de acercarnos la figura del riojano Narciso de Esténaga, Obispo de Ciudad Real y Prior de las Órdenes Militares entre 1923 y 1936. Los autores son ambos licenciados en Historia Eclesiástica por la más ilustre de las universidades católicas (la Gregoriana de Roma, cuna de obispos y sacerdotes) y en la actualidad ambos ejercen la docencia en el seminario de Ciudad Real.

Compuesto por un total de cinco capítulos, que abarcan desde los orígenes de Esténaga hasta los momentos finales de su trágica muerte, quizá uno los aspectos que más se echa en falta es una metodología un poco más rigurosa. Mejor dicho, un trato del personaje histórico menos apegado y más «profesionalizado». Es difícil leer la biografía de una persona que constantemente es tratado como «Don Narciso», aunque sea costumbre en las diócesis que los clérigos se refieran así al pastor que encabeza su obispado. Hay ocasiones en que el libro roza la hagiografía, destacando excesivamente las luces del obispo biografiado y muy poco sus defectos que, evidentemente, como toda persona humana, los debía tener. Por otra parte, el libro se pierde en ocasiones demasiado en detalles superfluos: por ejemplo, dedica casi diez páginas a averiguar los orígenes del apellido del prelado riojano y a describir cómo era su familia. Todo esto resulta aceptable y respetable, pero quita rigor científico a la obra que se presenta.

No obstante, hay que decir que el libro en su conjunto posee muchos aspectos positivos y que, desde luego, ha constituido un acierto por parte de la Biblioteca de Autores Cristianos el publicarlo. No sólo porque profundiza de manera importante en un personaje del que sabíamos muy poco hasta ahora, sino porque hay detrás de él una muy meritoria labor de archivo que debe ser reconocida por quien lo lea. Desde ese punto de vista, el trabajo de las fuentes primarias resulta impecable y la bibliografía, salvo algún título concreto (el libro de Pío Moa sobre los orígenes de la Guerra Civil española poco o nada tiene que aportar al respecto), contribuye a dar solidez a la monografía.

Entre las aportaciones más importantes está, ciertamente, lo escrito sobre la Iglesia durante la Dictadura de Primo de Rivera, cuestión sobre la que, cuando se han cumplido recientemente setenta y cinco años de la marcha del poder y posterior fallecimiento del general andaluz, el panorama historiográfico sigue resultando desolador.

Parece claro, a la luz de lo que cuentan los autores, que Esténaga fue un hombre muy activo, que cumplió la doble faceta de pastor de una diócesis, por un lado, y de

historiador, por otra, y que no quiso asumir una postura de pasividad ante la legislación anticlerical aprobada por la II República. Buen ejemplo de ello fue el sermón pronunciado el 29 de junio de 1933 en la iglesia de San Pedro de Ciudad Real, en la que afirmaba que la Iglesia española se encontraba «maltratada por el sectarismo». En cierto modo era lógico: Esténaga había crecido y había desarrollado su etapa tanto de sacerdote como de obispo en medio de una favorable confesionalidad católica del Estado español, y, ahora, tras la proclamación de la república, el catolicismo había pasado a asumir un papel secundario donde uno de los poco aspectos positivos era que la Santa Sede había recuperado la libertad para nombrar obispos. En ese sentido, resulta muy acertado por parte de los autores el análisis que hacen sobre el marco político en el que Esténaga llegó al episcopado y que coincidía prácticamente en el tiempo con el golpe de Estado de Primo de Rivera. Resulta aquí, donde, como hemos dicho anteriormente, se realiza la mejor aportación, al investigar cuál fue la reacción del obispo riojano ante el cambio político y cómo fueron sus relaciones con la dictadura. Los autores son claros al respecto: Esténaga vio el golpe de Estado fundamentalmente como un cambio de gobierno y su actitud fue de colaboración aunque no desde una militancia cerrada, al tiempo que no ocultaba sus hondas convicciones monárquicas. Distinto sería el tema de la república, donde, además de mostrar su descontento, se resistiría al hundimiento de la Iglesia, lo que trataría de evitar a partir de una potenciación muy importante del mundo seglar (fundamentalmente, de la *Acción Católica* española).

También resulta sumamente interesante el análisis que realizan de la evolución económica de la diócesis (donde la remodelación fue la medida lógica a partir de la pérdida, en 1931, del presupuesto de culto y clero) y del problema vocacional en una sociedad que sufría los efectos de la secularización. Esténaga demostró ser un prelado batallador, otorgando una impronta política a las celebraciones religiosas que le ocasionarían más de un incidente con las autoridades civiles. Era su respuesta a una Iglesia que él consideraba había sido injustamente agredida, respuesta que, por otra parte, se hizo sin transgredir los límites de la ley, que él, en esencia, consideró necesario acatar. La solución no era la desobediencia, sino la lucha por la defensa de los valores esenciales del catolicismo.

El último capítulo se dedica a explicar el trágico final de Esténaga. A nuestro juicio, constituye un brillante colofón a la obra ya que es capaz de explicar con todo lujo de detalles cómo la anarquía y el desorden se iban imponiendo sobre el orden constitucional y, en consecuencia, cómo comenzaba a entorsearse lo que podía suceder con el que era la cabeza visible de la Iglesia de Ciudad Real. El relato de los últimos días de Esténaga se hace a partir de fuentes orales, aunque también las hay escritas, algo lo que se debe tener especial cuidado ya que la memoria es un proceso selectivo y, por tanto, puede proporcionar información deliberadamente sesgada. En todo caso, el trabajo para recoger testimonios debe ser reconocido y viene a dar mayor empaque a una obra que ha sido trabajada con detenimiento y constancia.

En definitiva, nos encontramos ante un libro que de alguna manera va abriendo surcos en terrenos que considerábamos suficientemente «trillados» pero, como se encarga de poner de manifiesto esta monografía, sigue necesitada de nuevas aportaciones que permitan realizar un balance definitivo sobre la Iglesia durante la España de Alfonso XIII y la II República.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.